

**Autor: Axel Robert Blanco**

**Correo: [axel\\_blanco1973@hotmail.com](mailto:axel_blanco1973@hotmail.com)**

## **PERIPECIAS DE UN CAZA RATONES**

Siempre tuve la impresión de ser perseguido por ratones. Pero fue después de casarme que tuve consciencia de ello. Antes, los mataba mi padre. Recuerdo nítidamente la imagen de mamá montada sobre la espalda de papá, dando gritos ensordecedores. Le hincaba los codos en la espalda, daba golpes en su cabeza diminuta, y movía las piernas como si estuviera galopando alguna clase de caballo. -¡Válgame Dios Sofía! ¡Deja ya de clavarme esas estacas en mi espalda! Era cuento de, por lo menos, dos veces por semana. Pero siempre los miserables regresaban y roían los paquetes de harina, pasta, avena, arroz, sin mencionar los hoyos en la ropa, y mis libros, mis pobres libros comidos precisamente en el medio.

Después que me casé, compré artillería pesada. Probé con todo, y ninguno cayó aparentemente, pero a los días, un hedor que salía detrás de la cocina, me hizo entender que el esfuerzo valió la pena. La sonrisa de mi compañera completó mi éxito. Rodé el fogón, y allí estaba un minúsculo ratón moviendo espasmódicamente sus patas. Lo que no sabía era que la guerra apenas comenzaba. Por la noche, cuando apagaba las luces, una alfombra de ratones comandados por una rata, cruzaba el medio de mi departamento. El bullicio que emitían, era espantoso, tanto, que ya mi esposa comenzaba a comportarse como mi madre. Era comprensible para una chica frágil como ella, temerle a este tipo de bichos. Pero yo, un guerrero, temerle a roedorcillos, era impensable. Así que, una noche, cuando mi esposa trataba de dormirse, luego de hacer su primera vigilia (era lo que acordamos para cuidarnos de los roedores), y relevándola yo, para iniciar la segunda, puse en marcha mi plan de ataque. El truco era revestir el piso de una capa de pegamento, de manera que los bichos no pudieran atravesarlo como solían, y por el contrario, quedaran atrapados. Había utilizado papel pega ratas que venden en cortes rectangulares en la ferretería, pero no pude desprenderles la lámina en contacto con la parte que pega, entonces decidí untar el piso con otra cola especial envasada en tubos como dentífrico.

Luego de una larga lucha contra el sueño, a las 4:00 am, me di cuenta que los ratones no saldrían. Y que tampoco podíamos salir de la cama, ya que todo el piso tenía pegamento. Entonces puse en práctica, el viejo truco de las trampas. Encontré una muy moderna en el supermercado. Una cuyo martillo era forrado en goma. De manera que, amortigué el dolor, en caso de accidentes. Supuestamente evita que un dedo se te haga puré. Compré quinientas, casi la mitad de mi quincena. Pasé medio día sujetando los martillos de las barras de retención. Las coloqué cuidadosamente en los lugares estratégicos del departamento, que, sinceramente, eran todos. Por la noche, mi esposa rehusó hacer las guardias, tenía aquella imagen persecutoria donde se veía rodeada de ratones sin encontrar salida. Estaba particularmente trémula, y hacía aquella mueca de pánico con su cara que me daba risa, pero la disimulé ahogándola en un vaso con agua. No las contaría si viera el dibujo de una sonrisa en mi cara.

Desperté sobresaltado en la madrugada, me di cuenta que las trabas de las trampas, no se corrían. Aún cuando los ratones festejaban sobre las barras de retención, y devoraban los pedacitos del costoso pecorino. Seguían su trayectoria acostumbrada detrás de una gran rata, que parecía lanzar una chirriante carcajada, y darme una ojeada en el momento justo de entrar en su agujero. Después de esto, quise olvidarme de todo y desistir de aquella guerra. Por qué luchar contra animalillos que sólo quieren comer y vivir, pensé. Por un momento, me sentí feliz, había resuelto el problema. La solución había estado siempre en mi cabeza, aunque había sido incapaz de comprender que los bichos también quieren vivir en este mundo. Pues,

sencillamente, reclaman su espacio vital. Me paré sobre mis pies, con la vista fija en el techo blanco, como mirando al mismo cielo azulado, metido en lo más profundo de mis pensamientos filosóficos, y di el primer paso sobre una de las trampas que, esta vez, funcionó a la perfección.

Si alguna vez había estado más decidido a vengarme de algo o de alguien, fue aquella vez. Saqué de mi despensa el plan C: Veneno. Campeón Plus-Killer (el original) Extermina ratas, ratones, cucarachas, bachacos y curiosos de oficio. No esperé llegar a casa para prepararlo. Ya me lo había advertido una vieja sabia: “Hijo, cuidado, no se le ocurra decir en la casa que los va ha envenenar, esos ratones lo pueden escuchar, y luego no caen”. Lo ejecuté al pie de la letra: Dispersé los fragmentos de campeón sobre un poco de harina, hundí pedacitos en una lonja de tomate, esparcí un poco en puré de plátano. Lo introduje al departamento casi de puntillas. Coloqué los manjares precisamente en la entrada de los orificios. Abrí la nevera, tomé un vaso de leche, y me senté sobre la cama. Mi esposa llegó unos minutos después, y le hice señas poniendo mi dedo índice sobre la boca. Ya sabía que se trataba de otra trampa. Caminó de puntillas, abrió la nevera, tomo un vaso con agua, y se sentó sobre la cama. Nuestras miradas iban directo al agujero, pero el cansancio la venció a ella, y luego a mí. Nos hundimos en el sueño. Hubiera querido ver la muerte de esos roedores. No por morbo, si no, para estar seguro de que nos dejarían en paz.

Abrí mis ojos, y estaba la rata muriéndose sobre mi pecho. Me paré de un salto, mientras el acto-reflejo de mi mano catapultaba al animal hacia el cementerio de ratones en el piso. Por un breve instante, creí escuchar un chirrido que tomaba la forma audible de la palabra: ganaste. Tal vez sería la rata agónica que todavía se retorció y movía las patas. Tal vez reconocía que había ganado limpiamente la guerra que inicié matando a su cría.